

MONASTERIO DE SANTO DOMINGO DE SILOS

Presidiendo la villa de su mismo nombre y en medio de un singular paraje natural, se alza la abadía benedictina de Santo Domingo de Silos. Su origen podría encontrarse en un modesto cenobio visigótico del siglo VII, dedicado a San Sebastián y fundado por una comunidad monacal eremítica. En el siglo X, a medida que los condes castellanos lograron repoblar estos territorios, se recobró la vida monacal, aunque todavía expuesta a los ataques de los musulmanes cordobeses a lo largo de todo el siglo X. Por todo ello, la configuración plenomedieval del cenobio silense fue resultado de las reformas llevadas a cabo en pleno siglo XI por el abad Domingo, restaurador y figura central de la historia de Silos. Recibió su cargo de manos del rey Fernando I de Castilla, y su labor fue tan importante que desde el mismo momento de su muerte fue considerado como santo, pasando el monasterio a llamarse de Santo Domingo de Silos.

Santo Domingo se encargó de restaurar el cenobio, planificó un nuevo edificio y revitalizó el antiguo *scriptorium*. Todo ello convirtió al monasterio en un referente cultural, religioso, económico y político, del reino castellano. Tras la muerte del abad en 1073, su sucesor, el abad Fortunio, se encargó de impulsar las obras del claustro y la iglesia.

Todo lo expuesto sobre el Monasterio de Silos justifica que entre el siglo XI y el XV se convirtiera en uno de los lugares más influyentes, con gran actividad interna y externa, y centro de peregrinaciones y de vida cristiana en torno al sepulcro de Santo Domingo. Posteriormente, en 1512, se adhirió a la Congregación Benedictina de Valladolid. En 1835 se interrumpió la vida monástica en Silos a consecuencia del decreto de exclaustración que se vio continuado con la Desamortización del ministro Mendizábal, en 1836. Ello provocó el abandono de las dependencias monásticas y de todos sus manuscritos, obras de arte y demás objetos de valor. Afortunadamente, en 1880 un grupo de monjes benedictinos franceses, de la Abadía de Ligugé, dirigido por el monje Don Ildefonso Guépin, salvó a Silos de la ruina al establecerse en dicho lugar. De esta manera, fueron restaurando el monasterio y también recuperaron parte de sus restos culturales, hasta llegar a convertirse en una de las comunidades más importantes de la Orden Benedictina actual. En esta última etapa de su historia, la vitalidad de Silos ha impulsado la creación de nuevas casas en España e Hispanoamérica, además de renovar los edificios monasteriales sin modificar las características propias de su época. No debemos olvidar la trascendencia que ha tenido este conjunto de monjes silenses en la recuperación del tradicional y antiquísimo canto gregoriano.

Uno de los monumentos más atractivos y a la vez más enigmáticos del arte románico español es el claustro de Santo Domingo, en donde se encuentra el sepulcro primitivo del abad que le dio nombre. Los datos sobre su cronología son tan escasos que han surgido numerosas controversias entre los especialistas, al igual que ocurre con el número de maestros, talleres o artistas que trabajaron en el mismo. Su planta es un cuadrilátero irregular cuyos lados no se cortan en línea recta, y tampoco todas las galerías presentan la misma longitud. Está cubierto con un rico artesanado mudéjar. Asimismo, otra particularidad del claustro silense es la presencia de dos pisos superpuestos, que, a pesar de su diferencia constructiva, mantienen una perfecta unidad de estilo. A finales del siglo XI debieron construirse las galerías este y norte del claustro inferior, donde los fustes de las columnillas que soportan los arcos son dobles, separadas y con notable éntasis. Desde mediados del siglo XII hasta principios del XIII, se realizó el otro ángulo de la parte baja, con columnas de fuste cilíndrico, y todo el claustro superior, de menor calidad.

La importancia de este claustro se encuentra en la originalidad de sus motivos escultóricos, tanto los capiteles como los ocho relieves tallados en los pilares angulares. En estos últimos, se representan escenas de la vida de Cristo y de la Virgen. Seis de ellos han sido atribuidos al denominado primer maestro de Silos, que trabajó en los años finales del siglo XI y en los iniciales del XII. En estos relieves se aprecia una clara evolución desde los de la Ascensión y Pentecostés, con una composición muy geométrica y figuras poco realistas, hasta los que muestran las escenas de los discípulos de Emaús y la duda de Santo Tomás. En estos últimos, las figuras aparecen diferenciadas y bien moldeadas, algunas sobrepasando el marco arquitectónico, lo que los convierte en los relieves más bellos, originales y mejor trabajados de toda la escultura románica hispana. Posteriormente, ya a finales del siglo XII, y por un segundo maestro, se tallaron los relieves de la Anunciación y el Árbol de Jesé, empleándose un estilo naturalista, muy virtuoso y detallista que parece anunciar la estética gótica. En cuanto a los capiteles, en ellos se desarrolla un variado programa iconográfico en el que se aprecia la utilización como fuente de inspiración de las telas y marfiles procedentes de Oriente así como los manuscritos miniados mozárabes que se estaban copiando en el *scriptorium* del monasterio. Predominan las representaciones de animales reales y fantásticos, como aves zancudas y monstruosas, grifos, centauros, arpías..., y los motivos vegetales, así como escenas de la vida de Cristo.

La primitiva iglesia románica, de la que sólo se ha conservado el brazo meridional del crucero con la monumental puerta de las Vírgenes, fue sustituida a mediados del siglo XVIII por una construcción neoclásica. Según las investigaciones realizadas, muy polémicas en cuanto a la sucesión cronológica, el edificio debió componerse de una iglesia superior en la que se localizaba una cabecera con tres ábsides semicirculares, amplio crucero cubierto por una cúpula con cimborrio y una iglesia inferior dividida en dos zonas. En el siglo XII, el templo se prolongó hacia occidente y se construyó un amplio pórtico en el lado norte con diversos enterramientos. Cabe destacar la citada puerta de las Vírgenes, que da acceso al claustro. Sorprende en ella la presencia de un arco de herradura, herencia mozárabe, y el adornado fuste de las columnas en las que descansa.

En lo que se refiere a la iglesia neoclásica, fue proyectada por Ventura Rodríguez y dirigida en su ejecución por Antonio Machuca. Se trata de una construcción de notable sobriedad, esbelta y sencilla en sus líneas arquitectónicas y decorativas. Su planta está formada por una gran elipse cortada por un brazo transversal a modo de crucero cubierto con una gran cúpula. Esta construida en piedra caliza de las canteras de Silos, y las bóvedas y cúpulas son de piedra toba. Asimismo, junto al templo se puede admirar la sacristía, obra de finales del siglo XVI, al fondo de la cual se accede a la barroca Capilla de Santo Domingo, diseñada en el siglo XVIII por el arquitecto benedictino fray Pedro Martínez. En esta última es posible contemplar una bella urna sobre un tabernáculo donde descansan las reliquias de Santo Domingo.

Desde 1965, se instaló un interesante museo en el monasterio. En él pueden contemplarse restos de esculturas románicas, testimonios arqueológicos de los primeros tiempos monásticos, pinturas anónimas, piezas de orfebrería y otras obras de gran valor artístico e histórico. Una de las obras más destacadas es el cáliz de Santo Domingo de Silos, de gran tamaño, llamado así por la dedicatoria grabada en caracteres mozárabes que dice que fue mandado hacer por el monje. Por ello, debió ser ejecutado en el tercer cuarto del siglo XI. Es de plata dorada, ornamentado con columnas que soportan arcos de herradura formando arquerías, con clara influencia árabe. Todos los elementos decorativos están realizados con cordones que conforman diversos motivos ornamentales de costosa ejecución. Muy interesante es también la patena.

En el museo también se puede admirar una arqueta relicario fechada entre los siglos XII y XIII, con cubierta a dos vertientes y figuras grabadas y cinceladas. Es un buen ejemplo de lo que fue la importante escuela de esmaltes silenses. Otras piezas conservadas son una cabeza romana (siglo III o IV), probablemente originaria de la ciudad de Clunia, una paloma eucarística (siglo XII o XIII), un báculo abacial o el fragmento de un códice de "Beato", del siglo IX.

En 1964 fue descubierto, formando parte de la cimentación de la iglesia actual, un tímpano románico del templo primitivo, que puede fecharse en torno al año 1200. Estilísticamente guarda relación con el maestro del bajorrelieve de la Anunciación y con el capitel de la Infancia de Jesús del claustro. Su iconografía, complementaria de la anterior, representa el Nacimiento, Presentación y Adoración de los Reyes. Su lamentable estado se debe a la necesidad de anular los puntos más salientes de las esculturas para su mejor calzado en el proceso de reutilización.

Otro de los objetos más notables es una custodia procesional, fechada en 1526. Tiene forma de templete hexagonal y descansa sobre un pedestal que se añadió en el siglo XVIII. Está adornado con molduras simples y cabujones de cristal de roca.

En cuanto a la Botica, fue fundada en el año 1705 para suplir el deficiente servicio médico que ofrecía la farmacia existente en el pueblo de Silos. La conservación de una parte de la misma se debe al gesto de D. Juan de Aguirre y Achútegui, quien la compró a D. Octavio Castrillo en 1927 para donarla a la Abadía, justo en el momento en el que todo estaba ultimado para ser vendida y trasladada al extranjero. Se componía de un jardín botánico especializado, de un laboratorio bioquímico, de una biblioteca y de un mueble barroco en el que se guardaba el botamen. Este último está constituido por cerca de cuatrocientos tarros realizados en cerámica de Talavera, decorados con el escudo de armas del monasterio. En la biblioteca se pueden admirar un elevado número de volúmenes, algunos del siglo XVI, y sobretodo de los siglos XVII y XVIII. Destaca un magnífico Dioscórides, de 1525, con excelentes dibujos de animales y plantas. Asimismo, el laboratorio está espléndidamente dotado con un gran número de matraces y otras vasijas de cristal, alambiques y una serie de morteros. Entre 1957 y 1967, son recuperados tres lotes de anaqueles, tarros y cajonería que pasan a formar parte del conjunto que se aprecia en la actualidad.